

Consideraciones en torno a la construcción de la subjetividad lectora

HÉCTOR GUILLERMO ALFARO LÓPEZ

*Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información,
UNAM*

¿C ómo contribuye la lectura a la construcción de la subjetividad? Con esta pregunta, que implícitamente entraña un problema medular en la concepción actual respecto al sujeto y los movientes procesos de conocimiento, se busca clarificar los efectos de la práctica de la lectura sobre esa esfera del individuo caracterizada como subjetividad. Pero es de añadir que la propia noción de subjetividad se encuentra a su vez en medio del debate, debido a que ha venido sufriendo una serie de transformaciones producto de su propio devenir histórico, así como de las correlativas variaciones sociales y del pensamiento. Por lo que de la pregunta central previamente planteada, se deriva la siguiente: ¿a qué tipo de subjetividad se refiere?

Para tender el camino que nos conduce a la respuesta, comenzaré por plantear dos vías que al prolongarse, a la manera de dos paralelas que en su proyección hacia el infinito acaban por intersectarse, buscan incidir una sobre la otra: por un lado el desenvolvimiento en el mundo moderno de la figura del sujeto, con sus elementos definitorios de manera genérica y, por el otro lado, la

cuestión de la especificidad del lenguaje, también comprendido en su desenvolvimiento histórico o, más exactamente, a partir de las características específicas que se le han atribuido en distintas épocas. Para a continuación hacer incidir la práctica de la lectura y sus efectos en esa intersección de ambas vías y así comprender los efectos transformadores de tal práctica en la conformación de cierto tipo de subjetividad.

La noción de sujeto y el fenómeno humano al que se le atribuye es una típica producción de lo que se ha definido como el “mundo moderno”. Y fue producto de los procesos definatorios que comenzaban a perfilar ese mundo. Sobre todo en el terreno del conocimiento científico: había que construir una figura que fuera el centro, el núcleo individualizado y claramente definido de los procesos cognoscitivos que se llevaban a cabo para conocer y transformar el mundo. Lo cual estaba en consonancia con el despliegue que se venía dando desde los albores del Renacimiento o, visto desde el otro lado, desde el ocaso del mundo sacro medieval cuya figura central, omnisciente y dominante era Dios, la divinización del hombre. Como secreción de la entronización del “hombre” surge su variante cognoscitiva: el sujeto.

El sujeto es soporte de dos dimensiones que serán claramente diferenciadas y separadas, hasta ser estatuidas como antípodas una de la otra, la objetividad y la subjetividad. Donde la primera es privilegiada y dominante; mientras que la subjetividad es, no un complemento, sino un añadido subordinado y hasta en interpretaciones fundamentalistas, espúreo. Pero además, el sujeto al tener el basamento humanista de la modernidad, es una entidad autónoma: independiente, autosuficiente y plenipotenciaria respecto al mundo que le rodea. Lo que le faculta para conocer y transformar esa realidad de la que se diferencia y que le separa. Con lo que así queda en la completa disposición para dominar la naturaleza, como lo especifica el programa científico de la modernidad formulado por Francis Bacon.

Dentro de este esquema la subjetividad que, asimismo, es una entidad fija y estética (a semejanza de la objetividad) hace las veces de ruido de fondo ante los armónicos acordes de la objetividad

sustentada por la racionalidad. La subjetividad viene a estatuirse como una negatividad producto de percepciones distorsionadoras conformadas por la imaginación. Subjetividad que encuentra cauce natural en la corporeidad, fuente de perturbación para el despliegue lógico de la racionalidad. Semejante concepción del sujeto fue gradualmente consolidándose a lo largo de la Modernidad, con lo que acabo estatuyéndose en el preclaro modelo del sujeto cognoscente sobre el que se erige y despliega el conocimiento científico. De esta forma, quedaba establecido el enlace entre ciencia-objetividad-verdad. Con lo que la objetividad científica venía a concebirse como la propia esencia de la ciencia. Y la objetividad era la vía regia para alcanzar la auténtica verdad.

Es de acotar que lo que fue estatuido y canonizado como la objetividad es producto de un desenvolvimiento histórico signado por situaciones e instancias políticas. Por lo que la concepción de la objetividad como base, fundamento del proceso de conocimiento científico fue producto de una compleja trama de factores y tendencias que construyeron la idea de la objetividad. El seguimiento a través de una historia de la objetividad en el terreno científico nos muestra cómo se construye este “axioma” que hace de la objetividad la “esencia” del conocimiento científico: primero a través de la constitución de una racionalidad sustentada en un sujeto con nombre propio y particular cuyo prestigio social y científico legitimaba como objetivas sus investigaciones, hasta la despersonalización más completa del sujeto, el cual se convierte en una abstracción que sustenta una racionalidad universal científica. Donde cada científico individual es “poseído” por esa abstracción fundamentadora y legitimadora de la objetividad. En correlación con esta trayectoria de construcción de la racionalidad objetiva científica abstracta, se va perfilando el discurso científico escrito en que queda plasmada semejante racionalidad del sujeto científico abstracto. Se conforma un discurso con una retórica neutra de donde se exorciza todo rastro de subjetividad.

El individuo en cuanto persona desaparece para que sólo se exprese esa abstracción: un científico que es todos los científicos; esto es, la comunidad científica. Garantía plena por escrito de

completa objetividad. Incluso la retórica científica establece la persecución y el exilio del primer pronombre personal singular, para que predomine la primera persona del plural: el “yo” y la sombra de la subjetividad que lo acompaña quedan proscritos para que se entronice el “nosotros”, albacea de la objetividad científica. Pronombre personal que además exonera de “erráticas” tomas de posición personalizadas, lo que en su variante viene a ser una toma de posición sin compromisos. Es de añadir, adelantando lo que se ampliará posteriormente, que a este tipo de escritura se corresponde o se busca que corresponda con una lectura de igual magnitud; es decir, una lectura de objetiva, de un lector racional, abstracto: sin contubernio con la subjetividad, lectura sin compromiso íntimo con la sensibilidad, sólo operativamente racionalista.

Como puede conjeturarse de lo expuesto, el discurso de la objetividad viene a la par de evidenciar una forma específica de concebir el conocimiento científico así como de su proceder, se estatuye como un mecanismo político de legitimación y diferenciación respecto a aquellos otros tipos de conocimiento no científicos. Y quien lleva a cabo tal proceso es el sujeto racional, en el que por ende predomina la parte objetiva. Ante ello la subjetividad es una evasiva sombra dentro del sujeto.

Veamos ahora la otra vía anunciada: el lenguaje. Después de la gran oleada que produjo la tendencia denominada “giro lingüístico”, que permeó gran parte de las diversas disciplinas académicas e intelectuales y que selló de manera indeleble el panorama cultural en las décadas finales del siglo XX puso de manifiesto algo que de axioma ha pasado a constituirse en un tópico: “el hombre es lenguaje”. Y al subrayar la partícula “es”, el lenguaje se convierte en la entidad sustancial del hombre. Con anterioridad al giro lingüístico Heidegger, ese pastor del ser, como en el fondo se concebía modestamente a sí mismo este filósofo alemán, había oracularmente anunciado que el “lenguaje es la casa del ser”; por lo que es una dimensión ontológica fundante del hombre. Todo ello viene a decirnos que el lenguaje es factor central constitutivo del propio hombre y su mundo. Nada escapa al lenguaje en cualquiera de sus formas y manifestaciones, al grado que se le atribuye o

asume el atributo constructivo, esto es, que el hombre se construye a sí mismo y a su mundo por mediación del lenguaje. Pero esta visión del lenguaje extendida ya como un lugar común no deja de ver del todo la previa concepción del lenguaje, incluso, de raigambre ancestral y que de hecho empalma con la concepción del sujeto cognoscente bipolar (soporte de la objetividad predominante y la subjetividad subordinada, estáticas y autorreferenciales). El lenguaje era concebido como la instancia, el instrumento fundamental y necesario con el que el hombre realiza la representación del mundo y de sí mismo. El lenguaje es concebido así como la instancia más poderosa de mediación y por ende de distanciamiento del hombre frente a la totalidad. Lo que le permite preservar su autarquía frente al entorno, incluyendo a los otros hombres. Representar a través del lenguaje o diversos lenguajes es conformar una visión propia, que en el fondo es distinta y distante, de aquello que es representado.

Una concepción de semejante índole representacional del lenguaje se engarza ceñidamente con la conformación moderna del sujeto. Al ser la racionalidad la base de sustentación del sujeto, el lenguaje como representación delinea con mayor precisión la racionalización del sujeto y con ello apoya mejor sus autorreferencialidad y distanciamiento del entorno. El lenguaje estatuido como instancia representacional preserva la racionalidad del sujeto para comprender al mundo y a sí mismo, con lo que el perímetro que establece su unidad y autonomía queda claramente fijado. En el terreno científico el lenguaje comprendido como instancia representacional muestra el potencial generado por la conjunción con la concepción del sujeto de la modernidad.

El sujeto, entendido como el científico, hace uso del lenguaje para representar objetivamente el mundo. Con lo que la representación llevada a cabo por el lenguaje es un vehículo hacia la racionalidad y con ello radica el predominio de la dimensión objetiva, lo que a su vez redundará en distanciamiento respecto al mundo; distancia que a su vez conlleva el control de ese mundo objeto de la ciencia. Lenguaje que, como ya se explicó, queda plasmado a través de la retórica escrita científica; incluso, la misma neutralidad

de tal lenguaje muestra, reducido a su sustancial expresión, la representación tensionada por la objetividad racionalista.

Ahora bien, una vez proyectadas hacia el horizonte de la argumentación hasta aquí llevada las vías de la noción del sujeto y el lenguaje de la modernidad, veamos cómo se intersectan en el contexto, de lo que hasta hace no mucho tiempo estaba de moda caracterizar como posmodernidad. Termino este último que más allá de resbalar en esa obstinada obnubilación cognoscitiva de segmentar el devenir histórico, social, cultural, etcétera, pone en evidencia las transformaciones que comenzaron a darse a partir del desgaste, incluso disolución, de aquellos elementos definitorios de lo que se definió como la modernidad. Lo que significa que las nociones de sujeto y lenguaje fueron trastocadas de raíz.

Lo que era sólido ahora se fragmenta; lo que era estable ahora fluye. Una de las mejores expresiones teóricas para manifestar este nuevo estado de cosas es la fundante idea de “liquidez” que desarrolla a todo lo largo de su obra el sociólogo Zygmunt Bauman. Obra que conceptualiza de forma ilustrativa cómo las sociedades y los individuos que las integran han dejado atrás el mundo unificado y concatenado, esto es sólido, para adquirir la forma líquida. Lo que en cuanto al sujeto viene a significar que ya no puede ser caracterizado como esa entidad cognoscitiva estable soporte bipolar de las dimensiones objetiva y subjetiva, a la vez de limitadas y estables en su diferencia, aunque con primacía de la objetividad. Lo que redundaba en un sujeto autorreferencial distinto y distante del entorno y de los demás sujetos. A su vez y en previa consonancia con ésta concepción del sociólogo polaco, el filósofo francés Michel Foucault (2002) en uno de los ejes de su pensamiento que es el sujeto (los otros son el saber y el poder), lo había concebido asimismo como una entidad fluente, a contramarcha de la tendencia de la modernidad que construyó la figura del sujeto como eje sólido a través del cual cruzan las líneas de tensión del saber y el poder; incluso, a partir de semejante constructo que es el sujeto se conforma la figura del autor, foco de referencia de las textualidades; el autor como productor de textos que sólo a él le son atribuidos y a nadie más. Estos sólo son algunos de los teóricos

que han reflexionado sobre estos procesos y su incidencia en la configuración actual del sujeto, pero en todos más allá de las divergencias conceptuales concuerdan en criterios definitorios de la manera en como se manifiesta actualmente el sujeto.

El sujeto ya no es considerado como una entidad que se constituye en cuanto tal a partir de un proceso racional de conocimiento del mundo de manera objetiva y que lo remite a sí mismo par encerrarlo autorreferencialmente. Por el contrario, el sujeto se construye como sujeto en relación al contexto en el que está inserto, del cual forma parte inalienable. El sujeto es un *sí mismo* en la medida que es alguien que se entreteje con la realidad y los otros que la pueblan, en conjunto constituyen esa realidad. No se es sin los otros, sino con los otros. Los muros de la autarquía se derrumban para que ingrese la muchedumbre del contexto y se apropie de la ciudadela racional constitutiva del sujeto y lo configure a su imagen y semejanza. Con lo que el bastión dominante de la objetividad comienza a flaquear, lo que por necesidad conlleva la liberalización de la subjetividad de la sujeción que ejerce la objetividad. Sujeto líquido en el que fluye la subjetividad, la cual a su vez refluye incluso sobre la corporeidad. Así, el sujeto inmerso plenamente en el contexto es lo inestable, lo cambiante, por definición el sujeto cambia a cada momento, su centro estable y de operaciones que era la racionalidad muta y se reconfigura permanentemente. La frontera claramente divisoria entre objetividad y subjetividad comienza a tornarse difusa. Sujeto cuya liquidez a su vez se reafirma con una paralela concepción del lenguaje.

En la era de las “sociedades líquidas”, el lenguaje asume también un nuevo, diferente, estatuto. Si con anterioridad era considerado la instancia por antonomasia de representación del mundo, incluyendo a los otros sujetos, pasa el lenguaje a ser concebido como medio de construcción de la realidad. Con el lenguaje ya no sólo representamos, sino construimos aquello que nombramos, pero es de aclarar, se construye como realidad humanizada. Construcción acorde con los deseos y necesidades del sujeto respecto a aquello a lo que se dirige del entorno inmediato. Aquello que nombramos nos es más propio porque al nombrarlo con el lenguaje le

damos la forma, lo construimos, a la medida de nuestros deseos: deja de ser una exterioridad material inerte, para constituirse en algo familiar propio, dinámico y exultante de vitalidad para quien lo construye y se lo apropia por mediación lingüística.

Como puede deducirse de lo expuesto de manera coherente, y hasta por inercia, puede comprenderse por qué de manera análoga a como incidieron la concepción racionalista del sujeto con el lenguaje considerado como representación, el sujeto comprendido como liquidez engarza con el lenguaje asumido como construcción de la realidad. El sujeto que se encuentra inserto plenamente en el contexto éste lo construye en cuanto *sí mismo*, lo cual tiene correlato con el sujeto que a su vez construye esa realidad por mediación del lenguaje. De hecho en cada momento que nombra esa realidad, contexto, ella simultáneamente lo construye: construcción y apropiación mutua. Después de este breve recorrido por la situación e intersección del sujeto y el lenguaje, pasado y presente, es el momento de ingresar en el territorio de la lectura. Pero hagamos una escala previa en el texto.

Un texto, el contenido de un libro o de cualquier otro soporte bibliográfico, en apariencia es un tejido de palabras organizadas con base en una serie de reglas de diversa índole. Textualidad que es producto de los conocimientos generados por sus autores. Conocimientos de diversos tipos que abarcan la integridad del conocimiento humano: conocimientos literarios, sociales, científicos, etc. Conocimientos que, como explico Michel Foucault, una vez que se plasman y estabilizan en una textualidad pasan a la categoría de saberes. Tales saberes (textuales), respondiendo al binomio sujeto racionalista-lenguaje representacional, se ofrecen a lecturas *ad hoc* de la especificidad de tales saberes: lecturas donde prima la racionalidad objetiva y lecturas entregadas a la intemperie de la subjetividad. Lecturas, por ejemplo, científicas que exigen todo el rígido temple racional para su apropiamiento; son las lecturas verdaderamente “productivas”, mientras que en las antípodas se encuentran las lecturas de la incontinenia lúdica y hasta lúbrica (cuando el cuerpo se entrega a la imaginación “luciferina” del goce textual), sinónimo de placer y, en cuanto tal, poco productivas.

Lecturas sectorizadas acorde con la especificidad de las esferas delimitadas de la objetividad y subjetividad de las que es soporte el sujeto cognoscente.

Siguiendo la perspectiva de la concepción del sujeto que al construir su mundo se construye a sí mismo por mediación del lenguaje plantea la cuestión de cómo actúa la lectura al interior de semejante despliegue del sujeto. De principio puede decirse que el lector al integrar dentro de sí un texto, sea de la índole o género que sea, no sólo adquiere una información, sino que también propicia una *onda de propagación* de esa textualidad en su interior: no sólo en lo que corresponde a la esfera intelectual y sus correlativas operaciones de razonamiento, imaginación, memoria...; permea asimismo las dimensiones objetiva y subjetiva, llegando a redundar, incluso, en la propia corporeidad. Ahora bien, es de acotarse que con ello se hace referencia principalmente a una práctica de lectura de mayor elaboración tanto en ejecución, como de continuidad y apropiación. Lo que no significa descartar tajantemente prácticas lectoras menos depuradas y parpadeantes, las cuales de una u otra forma llegan a evidenciar algunos de los efectos señalados de una práctica lectora más compleja.

La onda de propagación que genera la lectura al repercutir en las dimensiones objetiva y subjetiva es causante a su vez del *efecto de amplificación* de tales dimensiones, con lo que comienzan a difuminar sus fronteras diferenciadoras para interactuar de manera más paritaria. Lo que puede apreciarse en el hecho de que la diferencia de géneros de textos que solicitaba prácticas lectoras a partir de la especificidad de tales textos, como el que un texto científico requería una lectura objetiva y una obra de literatura erótica una lectura pletórica de subjetividad deseante, ya no resulta operativo en cuanto a práctica lectora y esquema explicativo de la misma. Un texto científico también puede ser leído con gozo lúdico, donde la subjetividad incluso puede derramarse a la corporeidad ante el esplendor estético de un teorema. En el otro extremo, un texto erótico, en el que el deseo es un rumor de fondo del río de la sexualidad, puede ser leído en clave sociológica, con lo que se convierte así en objeto de análisis. Recurriendo al tópico

respecto a la obra de Balzac, se ha dicho (Marx *dixit*) que el mejor estudio sociológico, político y económico de la Francia de la segunda parte del siglo XIX se encuentra en la torrencial *Comedia Humana* balzaciana, lo que implica leer la obra del gran novelista francés con mirada no sólo subjetiva, necesariamente.

Al integrar a un sujeto en flujo, no estático y ni autónomo, las textualidades por mediación de la práctica lectora tal fluidez se *amplifica* y se perfila para una más lúcida construcción de la realidad y de sí mismo, por mediación de la posesión de un lenguaje amplificado. En un sujeto que no tiene intervenida su interioridad por la textualidad, su proceso de construcción del mundo en torno y de él mismo tiende a fijarse *hic et nunc*, en la instantaneidad de las situaciones momentáneas, su lenguaje lo ancla en ese aquí y ahora. Mientras que el sujeto entregado a la práctica lectora y con ello a la propagación interna de la textualidad amplifica sus procesos internos que refluyen en la construcción de la realidad y de sí más allá del aquí y ahora: construye su realidad y a sí mismo multidimensionalmente. El lenguaje es un haz que se proyecta constructivamente hacia el pasado y el futuro, para refluir en el presente. Se puebla la interioridad de mundos posibles como modelos probables para la realización de los procesos constructivos. Pero sobre todo con ello lleva a cabo, como correlato de semejante proceso, una amplia cobertura de *producción de sentido* respecto a la realidad que le rodea, de la que forma parte inalienable, y de sí mismo. La realidad y el propio sujeto construidos al trasluz del lenguaje mediado por la práctica de lectura adquieren la textura del sentido. El despliegue constructivo adquiere significación: ya no es una mera inercia transida del sinsentido. Y en el momento actual esto adquiere una muy especial relevancia dado que contexto (caracterizado como *sociedad del conocimiento* con todo lo que eso implica) por la tendencia que sigue encalla en la pérdida de sentido. De ahí que al contribuir la lectura a la construcción de la subjetividad propicia la producción de sentido.

El escritor mexicano Ricardo Garibay solía decir que a través de la lectura, en su caso de literatura, podemos vivir múltiples vidas que enriquecen lo limitado de nuestra vida propia, signada por

las rutinas y continuidades coagulantes que no permiten ampliar el rango de posibilidades y experiencias vividas en una sola vida. Abriendo la cobertura de los diversos géneros de textualidades puede decirse que en conjunto amplían el rango de posibilidades para llevar a cabo la construcción de la realidad que nos toca vivir individualmente y de nosotros mismos al compás de un lenguaje transido de la riqueza de esa posibilidades. Proceso constructivo que es además encauzado por la corporeidad y por su correspondiente despliegue sensorial. Lo que a su vez redundo o revierte en rejugos igualitarios entre la subjetividad y la objetividad, los que, incluso, por momentos permiten que la subjetividad asuma una posición directiva sobre la objetividad. Lo que, por otra parte, viene a desmentir el modelo bicameral de las lecturas (objetivas, subjetivas), así como su mitología productivista y su contrario, las lecturas improductivas, aberrantes secreciones del tiempo perdido. Con lo que a su vez se reafirma un tipo particular de subjetividad: fluyente, cambiante, que abre el horizonte de posibilidades para llevar a cabo una construcción pletórica de sentido del sujeto y del mundo.

REFERENCIAS

- Bürger, Christa; Bürger, Peter. 2001. *La desaparición del sujeto. Una historia de la subjetividad de Montaigne a Blanchot*. Madrid, España: Akal.
- Cavallo, Guglielmo; Chartier, Roger. 1998. *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid, España: Taurus.
- Chartier, Roger. 1999. *Cultura escrita, literatura e historia. Conversaciones con Roger Chartier*. Colección: Espacios para la lectura. México: Fondo de Cultura Económica.
- . 2000. *Las revoluciones de la cultura escrita. Diálogos e intervenciones*. Barcelona, España: Gedisa.

La formación de lectores más allá...

- Foucault, Michel. 2002. *La hermenéutica del sujeto*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Fried Schnitman, Dora. 1998. *Nuevos Paradigmas, Cultura y Subjetividad*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Labastida, Jaime. 2007. *El edificio de la razón. El sujeto científico*. México: Siglo XXI, Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos, UNAM.
- Lyons, Martyn. 2012. *Historia de la lectura y de la escritura en el mundo occidental*. Buenos Aires, Argentina: Editoras del Calderón.